

El negocio de las privadas

VÍCTOR MOLERO AYALA

La década de los noventa se iniciaba con fuertes expectativas puestas en las nuevas universidades privadas que irrumpían en el horizonte de la educación en España. Los profesores veían la posibilidad de sustituir salarios bajos y medios precarios, por pingües remuneraciones y opulencia en recursos para el estudio y la investigación; el personal administrativo dejaría de serlo para convertirse en “gestores” de educación superior (¿acaso la “otra” es inferior...?); los padres veían luz en su sueño de aulas no masificadas y una educación que, además de formar a sus hijos, les abriría puertas reales para el complicado mercado de trabajo; y los estudiantes, tal vez los mejor parados según sus expectativas iniciales, soñaban con estudios de televisión, quirófanos,

salas para juicios, platós de cine y tantas pistas deportivas como deportes pudieran practicar.

-¿Qué ha sucedido, casi diez años después, con todos aquellos sueños albergados en la imaginación de cuántos han estado, y continúan, implicados con el mundo de la universidad? ¿Ha resultado ser la universidad privada la panacea que apuntaba a ser? ¿Se ha superado el modelo de la pública?

Las respuestas pueden ser de tantos signos como se quiera; no en vano a algunos la feria les ha ido mejor que a otros. Lo cierto y seguro es que la aparición de las nuevas universidades no inspiraba en nadie, ni siquiera como posibilidad, el cierre o fracaso de los centros, cosa que, si

bien no ha ocurrido, tampoco ha sido por falta de causas ni de circunstancias para que sucediera.

La llegada a territorio ocupado

Las universidades privadas se las veía desde la óptica de las públicas: instituciones tan fortalecidas por la edad y la experiencia, como deterioradas por lo complicado de su estructura, la ausencia de disciplina y responsabilidad en muchos ámbitos y el viciado de la mayoría de sus procedimientos encaminados hacia el provecho particular de los mejor favorecidos, en vez de hacia la consecución de los objetivos institucionales con los que aportar valor a la sociedad.

La universidad pública tenía poco que ofrecer, pero ese poco era (sigue siéndolo) muy bueno. Para los profesores plazas en régimen de titularidad vitalicia, con poca carga de trabajo, ningún control y amplísimo margen de actuación, además de un posicionamiento altamente reconocido por la sociedad, sobre todo para los poseores de los grados académicos más altos. Los alumnos, por su parte, se han venido beneficiando de un modelo de baja exigencia, entre cuyas ventajas está ese anonimato del que tanto se quejan y gracias al cual es posible “pasar” curso, se haya aprendido o no. Eso sin considerar los reducidos costes de matrícula, nunca mencionados cuando se habla de masificación en la Universidad.

Las privadas brotaban en una sociedad que ya tenía una idea formada de ellas: universidades de élite. El tiempo se ha encargado de demostrar que esa idea de élite no estaba inspirada en magníficas bibliotecas, intercambios internacionales, proyectos de investigación de envergadura, profesorado de alta cualificación investigadora y docente (aspecto éste que parece olvidarse con demasiada frecuencia), etc., sino en suelos de mármol, moquetas gruesas, fuentes a la entrada, pistas de deporte y

mucho dinero para afeites, procedente de los bolsillos de familias de alto poder adquisitivo que han creído que la educación privada, por ser cara, era necesariamente mejor.

Sorprende comprobar que la mayor relación de profesores educados en universidades de otros países, el más alto número de doctores y las mejores bibliotecas estén en las universidades públicas; y ni siquiera en las de más larga historia y tradición.

Los alumnos, fuente de energía

Lo cierto y seguro es que una universidad privada no vive de unos presupuestos caídos del paternal Estado. Esto ha sido uno de los peores cánceres que padecen los centros públicos, por cercenar la creatividad, coartar la responsabilidad y eliminar las exigencias de un entorno en el que las habichuelas han de ganarse cada día. Pero la contrapartida de las privadas no ha sido mucho mejor: los ingresos vienen de los alumnos; con tales ingresos se cubren los costes; sin alumnos, no hay ingresos; sin ingresos se acabó el negocio.

Así es que, ante la escasez de alumnos como consecuencia de los descensos de la natalidad (que nadie parece haber visto) y el aumento de la oferta, no sólo en centros privados, sino también por el nacimiento de nuevas universidades públicas, el listón empezó a caer hasta quedar a la altura necesaria para que no lo pasaran más que los que podían satisfacer las rigurosas exigencias de una matrícula onerosa.

Así, la exigente selección de alumnos para formar a “los mejores” y en verdad hacer de las privadas esos lugares donde se acogía a una élite intelectual para, con holgura de medios, conseguir el mejor resultado posible (modelo de algunas conocidas universidades norteamericanas), ha cedido a la fuerte presión de los costes y la imperativa expectativa del beneficio. Al final, parece que es más fácil el

acceso a un centro privado (basta un cheque conformado) que a uno público (hay que demostrar una suficiencia académica).

Los fines y los intereses

El debate sobre los fines que debe perseguir la educación, y en particular la universitaria, se extiende a muchas parcelas de la sociedad con tantas opiniones como ideologías, creencias, actitudes e intereses. Lo cierto es que hay tres parcelas en las que la educación universitaria debe ejercer alguna influencia, del tipo que sea (según los propósitos de cada institución), pero claramente manifiesta.

Los alumnos que cursan estudios universitarios deben aprender nuevos contenidos e incorporarlos a su acervo intelectual, para lo que los centros han de incidir en la esfera del *conocimiento*, haciéndoles saber. En sus orígenes la universidad depositaba en este aspecto la práctica totalidad de sus esfuerzos, pues se entendía que su fin estaba en cultivar el “espíritu” de las personas mediante el conocimiento. Ello dejaba de lado la utilidad de lo aprendido, cosa absolutamente transformada en la universidad actual donde proliferan los gritos en demanda de saberes prácticos, útiles para el ejercicio profesional. Así es como se irrumpe en una etapa de énfasis sobre las *habilidades*, con mucho esfuerzo para que los alumnos no sólo “sepan”, sino que también “sepan hacer”.

Ambas parcelas resultan estériles si no se consigue ninguna influencia en el ámbito de las *actitudes*, es decir, en el “querer hacer” que ahora resulta tan necesario en el contexto de organizaciones menos necesitadas de brazos (como antaño), que de cerebros y corazones.

Las universidades públicas se vieron forzadas en su momento a modificar su rumbo desde el énfasis exclusivo en el aporte de conocimientos, para incorporar la componente “aplicabilidad”

de los mismos. Las privadas se han situado desde el principio en el mundo de las habilidades, no ignorando plenamente los otros factores, pero sí claramente abocados a favor de lo que los alumnos deben ser capaces de hacer para una óptima incorporación al mundo profesional. La intención es buena, a pesar de que las consecuencias pueden ser negativas, si se piensa que en el complejo mundo actual basta con conocer los “qué” y profundizar en los “cómo”, ignorando quizá lo más importante: los “por qué”.

Universidades para el éxito

¿Cómo funcionarían los hospitales si no hubiese enfermeras?, y los edificios ¿podrían construirse disponiendo sólo de arquitectos? Esta sociedad ha alcanzado la convicción de que el éxito educativo no se completa hasta que una persona ha alcanzado su título de licenciado, asumiendo que, de no ser así, ha fracasado.

La sociedad también necesita de titulados no superiores sin los cuales sería imposible funcionar. Ello constituye la posibilidad real de que cada persona se desarrolle conforme a sus gustos y aptitudes aportando valor a la sociedad. Sin embargo, se ha cultivado la idea de profesionales de primera, los licenciados, y el resto de pobres fracasados que fueron incapaces (o desafortunados) de concluir estudios superiores. Nada más erróneo.

Las universidades, ya se ha dicho, dieron un paso trascendental en el momento en el que dejaron de ser lugares destinados al saber, para convertirse en centros para la cualificación de profesionales destinados al mundo laboral. Es lógico que las organizaciones prefieran en sus plantillas a personas lo más educadas posible, pero puede ser engañoso entender por eso que quienes no han pasado por la universidad, no están suficientemente preparados, empujando a las instituciones universitarias a adecuar su finalidad para la preparación de mano de obra.

La Universidad como negocio

La educación de las personas es, cualquiera que sea el nivel en el que se produzca, tan trascendental para los individuos como para el conjunto de la sociedad. No puede verse pues, como un negocio regido por las leyes del mercado, según las cuales la oferta ha de adaptarse a la demanda, las empresas han de desvelar y satisfacer las necesidades de los clientes, persiguiendo la consecución de beneficios como finalidad última. Las empresas son necesarias en nuestro mundo, y buenas para él. Pero no todas sus dinámicas resultan adecuadas sobre aspectos tan fundamentales para la humanidad como la educación de las personas.

¿Quiere esto decir que las universidades nunca debieron salirse de lo público? No. Es bueno que existan iniciativas privadas que aporten visiones nuevas de la realidad, que introduzcan procedimientos renovados y planteamientos distintos a los ya anquilosados y obsoletos de muchas universidades públicas. Lo peor de éstas es su propia herencia, en lo que a gestión y organización se refiere. Las privadas tienen mucho que aportar si, y sólo si, no ven en la educación un negocio del que extraer los beneficios suficientes para satisfacer la iniciativa de los inversores preocupados por conseguir la mayor rentabilidad posible del capital puesto en juego. Está bien que las universidades privadas se sometan a las exigencias de las empresas desde el punto de vista de la preocupación por el cliente, la satisfacción del mismo, el esfuerzo constante y la mejora de la calidad, siempre y cuando sean conscientes de que la finalidad última no se alberga en el seno de un accionariado y sus intereses, sino en una aportación a la sociedad con la que debe existir un compromiso firme y permanente.